

XXIV

Elena y Margarita.

—Habeis encontrado, mi querido Arturo, en el curso de vuestras aventuras, alguna mujer mística y de esas que pasan en el mundo por santas?

—En verdad que no, contestó el joven, arrojando una bocanada de humo, y acomodándose perfectamente en la silla.

—Pues buscadla, Arturo, y hacéos su querido: encontrareis en ella lo que se puede llamar una Vénus en materia de amor.

—De veras?...

—Os lo aseguro: entre una bailarina y una mujer virtuosa, no hay que titubear; se debe escoger la segunda; y ya os confirmareis en esta opinion, cuando hayais escuchado la historia que os voy á contar.

—La de Elena?

—Y la de Margarita tambien: son hermanas; al menos por tales pasan en el mundo.

—Cómo? interrogó Arturo; ¿pues qué acaso sabeis que no son hermanas?

—En estas cosas y en otras muchas, lo mejor es dudar: ¿cómo podeis asegurar, que la madre de las muchachas....

—Vaya, dijo Arturo, esas son maliciosas inferencias: veamos la historia.

—Elena es la muchacha mas rezadora, mas dada á la devocion; y notad, mi querido Arturo, que en México la educacion que se da á las mujeres, es la mas absurda que se puede concebir: se las enseña á coser, á bordar, á hacer curiosidades de cocina; y cuando saben bien ó mal estas cosas, se cree concluido todo; y entonces los novios, que las mas veces son petrimitres y casquivanos, vienen á completar la educacion de las muchachas; pero ¿qué educacion!.. Suele acontecer, que cuando algunas ricas familias temen ver pasar su capital á manos de algun advenedizo disipado, que se instala en la casa bajo el modesto título de hijo, mantienen á las niñas en un perpetuo encierro y aislamiento; y entonces el confesor es el encargado de la educacion.... Pero ninguna madre se dedica á formar el corazon de su hija, á enseñarle cuál es el camino de una virtud sólida y segura, indicándole con prudencia las sendas del mal, donde una niña puede perder su inocencia, su tranquilidad, la dicha de toda su vida: ninguna madre, en una palabra, procura educar el alma de su hija, y todas quedan contentas con las exterioridades.

—Parecis un Fenelon, le interrumpió Arturo; y

una de las cosas que me llama mas la atencion, es ver cómo en medio de la narracion de una aventura amorosa, os poneis á disertar sobre educacion y sobre moral.

—Qué quereis? todos los hombres tienen sus ratos, en que piensan sériamente sobre los males sociales; y como yo quiero que tanto en amor como en otras cosillas, seais mi discípulo, fuerza es tambien daros estas lecciones, que no van fuera del camino de mi historia.

—Pues comience la historia.

—Decia yo que Elena era una muchacha ejemplar, que se confesaba y comulgaba cada ocho dias, y que por la noche empleaba mas de dos horas en rezar á todos los santos del cielo.

—Y qué tiene eso de particular? dijo Arturo; ¿qué hay en esas prácticas que pueda ser un gran defecto?

—Y cómo qué hay? Cuando esos rezos y esas comuniones se hacen con fe viva y ardiente, son muy buenas; pero cuando se practican como lo hacen la mayor parte de las mujeres, por costumbre, ó por diversion, entonces.....

—Entonces, dijo Arturo, son..... una hipocresía.

—No precisamente hipocresía, pero sí necedad.... pero no disertemos ya sobre moral, y pasemos al amor.

—Sí, al amor, al amor, dijo Arturo, que es la fuente de todas las historias divertidas de este mundo.

—La madre de Elena y Margarita era una mujer severa en su conducta, inflexible con sus hijas, cristiana del siglo de la Inquisicion, y que no admitia con-

troversia alguna en puntos de religion. Educó á sus hijas con arreglo á sus principios, y la casa presentaba el aspecto mas austero y ejemplar. Todos los dias muy temprano las niñas iban á misa, y permanecian en la iglesia hasta que el sacristan sonaba las llaves: á las ocho de la noche se rezaba el rosario, se cenaba á las nueve, y todos se acostaban á las diez. Cada ocho dias confesaban y comulgaban todos, y se les preparaban sus desayunos llenos de flores y de diferentes clases de bizcochos. Mientras las niñas fueron chicas, toleraron esta vida; pero cuando la edad fué desarrollando sus instintos amorosos, y percibieron que habia teatros, y bailes, y paseos, y diversiones, su existencia les pareció insoportable, y no pudieron menos que manifestárselo á la madre, la que inflexible en su conducta, no cedió un punto, y lo único que hizo fué concederles un maestro que les enseñara á tocar el piano, cuyo maestro era un jóven artista de no mala figura y de un corazon algo mas que ardiente. Al cabo de un mes, las niñas estaban muy poco adelantadas en la música, pero bastante en materias de amor; pues el artista, entre los solfeos, solia hacerles algunas explicaciones, que servian mas y mas cada dia para despertar esa curiosidad natural que viene con la misma naturaleza: cuando el maestro creyó que habian adelantado lo bastante, se atrevió á escribir una carta á Margarita, que decia:

«Hermosa Margarita:—Un pobre artista, que no tiene en el mundo ni familia ni amigos, os adora, y morirá de pesar si no le concedeis una mirada compa-

siva. El artista no tiene mas que á Dios en el cielo y un ángel hermoso en la tierra, que se llama Margarita: si este ángel lo abandona, morirá de dolor. No digais nada á vuestra hermana, ni á vuestra madre, ni á nadie: este secreto lo deposito en vuestro corazon, como se deposita un cadáver en una tumba, para no salir jamas. Adios, Margarita: perdonad, y tened lástima de vuestro rendido amante.»

A pesar de que la madre asistia las mas veces á las lecciones, el maestro se dió modo de poner la cartita entre unos papeles de música, é indicar con los ojos á la muchacha dónde podria encontrarla. Margarita supo perfectamente comprender; y sin que lo notaran ni la madre ni la hermana, se apoderó de la cartita, y pretextó en el acto que habia olvidado su pañuelo, para salir á otra pieza y leerla. El astuto artista aprovechó esta oportunidad para decir á Elena en voz muy baja:

—Elena, yo adoro á vd., y si vd. no me corresponde, seré capaz de matarme. Piense vd. en el modo de que tengamos una conversacion á solas; pero no diga vd. nada á Margarita, porque me perderá. Para disimular necesito fingir que la quiero.

Elena se puso encarnada, porque era la primera vez que escuchaba un lenguaje semejante, y el maestro, sin turbarse, siguió solfeando. Este plan de amor tan torpe, tan neciamente concebido, y que era natural que hubiese puesto al artista en el último grado de ridiculo, tuvo el mejor éxito, porque las dos muchachas, fastidiadas con el encierro, con tanto rezar, y con la

severidad de una madre caprichosa é histérica, ansiaban por tener un amante: cada cual supo guardar su secreto religiosamente; pero comenzaron á desconfiar mutuamente, y á perderse poco á poco el cariño que antes se tenian. El artista, por su parte, formó este cálculo: si se llega á descubrir que enamoro á las dos, me retiro de la casa, y aquí acaba todo; si guardan el secreto, entonces estoy perfectamente, pues una de las dos, ó las dos, me han de querer; pero si ambas me desprecian, entonces digo que ha sido acaloramiento, irreflexion, y quedo lo mismo que antes. Ya concebireis, Arturo, que el artista no era hombre de los mas escrupulosos, ni á quien asustaban los inconvenientes. Las cosas se prepararon de tal manera, que despues de dos meses mas, las dos hermanas le correspondian, las dos se odiaban de muerte, y las dos, para infundir confianza á la madre, eran mas exactas en el cumplimiento de sus deberes religiosos. La madre estaba contenta, no solo con sus hijas, sino con el maestro de música, á quien le dispensaba ya su ilimitada confianza, en atencion á que muchas noches las acompañaba á rezar el rosario y las novenas.

El artista, encantado con el éxito de su tentativa, la conducia con habilidad grande: cuando daba la leccion, se mostraba igualmente afable con las dos hermanas, haciendo á cada una sus señitas de cariño, cuando la otra se descuidaba. Elena era mas ardiente, mas confiada, mas crédula que Margarita, la cual en cambio era mas despierta, mas cauta, mas calculadora: así es, que el maestro, habiendo hecho esta obser-

vacion, todo su empeño lo redujo á que Elena le concediera una cita, para lo que no cesaba de instarle; pero la muchacha, parte por temor, parte por imposibilidad, no se la había concedido. El artista iba no solo á las horas de leccion, sino indistintamente á cualquiera del día; y una de tantas veces que pasó por la casa, entró en ella, y encontró que Margarita y la madre habian salido, y que Elena estaba sola: vió que la ocasion se le venia á las manos, y que no debia perder momento.

—Oh! Elena, Elena! yo me muero de amor, le dijo, tomándole la mano; y seré capaz de asesinar á vd., á su mamá, á toda la familia, si vd. no me corresponde, y me otorga ese suspirado sí.

—Calle vd., por Dios, señor Migueletti, le dijo Elena asustada, porque si entra la costurera ó alguna criada, ¿qué van á decir?... .

—No, no, Elena, Elena mia, mi amor, mi delicia, mi Eden, mi Hurí; alma de mi vida, flor de mi existencia, yo te adoro, y perderia no solo los veinticinco pesos que tu mamá me paga por la leccion, sino la vida misma, por poseer tu cariño, tu amor, tu corazon.

—Pero, ¿por qué se llamaba Migueletti? preguntó Arturo; ¿era italiano?

—Mexicano de Zumpango; pero como sabia música, le pareció que Miguel era un nombre demasiado prosáico, y lo convirtió en Migueletti. Esto no es extraño, Arturo; pues muchos de vuestros paisanos, con una tez mas que bronceada, pretenden pasar por ingleses ó alemanes.

—Buen bribon era el tal Migueletti, dijo Arturo indignado. Proseguid.

—Elena, continuó Rugiero, que era la primera vez de su vida que se veía con un adorador á sus piés, se turbó, se puso, ya pálida, ya encarnada; experimentó, en una palabra, una especie de congestion cerebral que le embargó la voz, y solo tuvo facultad para responder: Sí, si quiero á vd., señor Migueletti; pero aquíétese vd., por Dios, porque las criadas nos van á observar.

Migueletti obedeció, sacó su pañuelo, lo llevó á los ojos; y triste, y con pasos de héroe de drama, se dirigió al sofá, donde se dejó caer, exclamando con una voz lánguida: ¡Tambien el placer mata, Elena!

—Tiene vd. algo, le preguntó Elena? ¿Quiere vd. un vaso de agua?

—Tengo placer, y sus emociones me matan. Quiero el amor de vd. ¡Oh! Elena, Elena! yo me muero.

Elena, asustada, y viendo que Migueletti se ponía pálido, y queria desmayarse, se acercó, y con un candor digno de ser respetado por un hombre menos inmoral que el maestro de música, le dijo:

—Tranquilícese vd., por Dios; yo quiero á vd. mucho, porque vd. me quiere á mí.

—Entonces el maestro, con mucha delicadeza, le tomó la mano, y pasó un brazo por su delgada cintura.

—Cáspita! dijo Arturo; el maestro era hombre que lo entendia.

—Ven, Elena, le dijo el maestro; acércate, porque tu aliento es el alma de mi vida. El picaron estrechó

entre sus brazos á la muchacha, la que fascinada, con las mejillas rojas, y casi sin aliento, no tenia valor para defenderse de estas caricias, y habria sido entonces una inútil víctima, si no se hubiera escuchado el ruido de una carroza que paró á la puerta.—Eran la madre y Margarita.

—Mi madre! mi madre! dijo Elena asustada, y desprendiéndose de los brazos del maestro.

—Bien, bien, Elena, recóbrese vd., y vamos al piano, pronto, muy pronto.

En un instante el maestro abrió el piano, desperdigó los papeles de música, y comenzó á tocar y á cantar prodigiosamente un duo de la Lucrecia. Elena, por su parte, se limpió con el pañuelo algunas gotas de sudor que corrian por su frente, y tranquila y calmada, se puso á acompañar al pianista, teniendo cuidado de sonar la campana y de pedir á las criadas el brasero con lumbre, para que la llevaran á tiempo que la madre fuese entrando. Margarita fué la primera que entró; echó una mirada indagadora sobre la hermana y Miguelitti; una sospecha penetró en su alma, frunció el entrecejo, y se quedó pensativa. En cuanto á la anciana, tosiendo y ahogándose, llegó despues, y encontrando todas las puertas abiertas, á la criada que entraba con la lumbre, y á Margarita sentada en un sofá, se contentó con decir entre dientes: estas niñas son muy apasionadas á la música.

—No cabe duda en que las mujeres son el mismo Satanás, dijo Arturo.

—Y los hombres no somos menos, respondió Rugiero.

—El maestro, que en medio de las armonías de Donizetti, notó el semblante un poco taciturno de Margarita, inmediatamente dejó su duo, y con la cara mas alegre del mundo se dirigió á ella, y le dijo:

—Vamos, señorita, se disipará esa tristeza con que cante vd. una aria de la Sonámbula; y tomándole la mano, la condujo junto al piano. Elena aprovechó esta oportunidad para retirarse, brincando como una chucuela, y diciendo que ya el maestro, la música, las árias y los duos, la tenian fastidiada.

—Me he pegado el más solemne chasco, dijo el maestro á Margarita, en voz baja, pues creí encontrar á vd. en vez de Elena. Mas de una hora he tenido que estar tocando y cantando, para divertir á esta criatura.

Hubo algunas explicaciones más entre Margarita y el maestro, de lo que resultó que las cosas quedaran enteramente tranquilas, y que la madre cada vez siguiera mas confiada en la virtud de sus hijas y en la honradez del maestro.

Pasados algunos dias, se trató de un paseo á San Angel: no era época de temporada, y solo debian ir la madre, las dos muchachas, un clérigo amigo de la casa, y su hermano, que era un curial pobreton, que se mantenia de agente de negocios de la iglesia. El maestro fué invitado al paseo, y perfumado, y montado en un buen caballo, acompañó á la familia, que cuidó de llevar dentro del coche sus grandes canastas con almuerzo. El paseo fué de lo mas fastidioso: llegados á Tizapan, se dispuso el almuerzo debajo de unos ár-

boles: los concurrentes dieron gracias á Dios porque les daba de comer; el padre bendijo la comida, y todos llenaron el estómago, rezando al concluir el Padre Nuestro. La conversacion, en vez de ser de amores, de festines, de saraos, fué de monjas, de religion, y de lo corrompido que estaba el siglo: el maestro de música supo llevar la cuerda tan perfectamente, que el clérigo, su hermano y la madre quedaron muy satisfechos; y solo las muchachas se rieron en lo interior, pues estaban perfectamente impuestas del fuego amoroso que abrigaba el alma del artista. Concluida la comida, las niñas importunaron tanto á la madre, que hubo de darles licencia para que montasen á caballo: el maestro estuvo listo dando las mas amplias seguridades de la mansedumbre del animal, y se condujo con tal prudencia, que solo paseó á las muchachas sin perder de vista á la madre. Eran ya cerca de las seis de la tarde, cuando se dispuso el regreso á México: Margarita se encaprichó entonces en venir á caballo: el hermano del clérigo apoyó este capricho, y la madre consintió en que el maestro fuese el caballero, con tal de que no se despegase de la portezuela del coche; y arreglada así la comitiva, emprendieron el camino. Los planes del maestro se realizaban de esta manera admirablemente.

—Conque es decir, preguntó Arturo, que el maestro tenia planes?

—Y cómo que sí: eran los siguientes: reunió ocho ó nueve hombres, poniendo á su cabeza á un mozalvete calavera, á quien le gustaba Elena mucho: esta

tropa de fingidos ladrones, debia colocarse en una encrucijada, donde se divide el camino para otros pueblos; asaltar el coche; amarrar al clérigo y á su hermano; asustar á la madre, y apoderarse por veinte minutos de las muchachas: Margarita debia ser defendida por el maestro, y Elena robada por su nuevo París.

—En verdad, Rugiero, que esta historia me escandaliza y me irrita; y si yo encontrara á ese bribon músico, le habia de dar cuando menos una buena paliza. ¡Pobres muchachas! Continúa, Rugiero.

—Repentinamente gruesos nubarrones comenzaron á levantarse; un viento húmedo se hacia sentir; algunas gotas de agua comenzaron á caer, y las sombras oscurecian cada vez mas el camino: la madre ordenó á Margarita que se metiese al coche; pero ella le prometió hacerlo luego que arreciara la lluvia. Entretanto llegaron á la encrucijada: un *alto!* acompañado de un juramento, hizo detener al cochero, é inmediatamente dos hombres enmascarados amagaron con el cañon de unas pistolas á los que iban dentro del coche. En un caso semejante, la voz y el movimiento se suspenden; y esto aconteció á nuestros personajes, que no tuvieron aliento mas que para encomendar su alma á Dios. Los supuestos ladrones amarraron al clérigo, á su hermano y á la anciana, y el nuevo París sacó en sus brazos á la hermosa Elena, casi desmayada del susto, mientras Migueletti prendia las espuelas al caballo, torcia por una de las encrucijadas, metiéndose, por fin, en una casa de adobe medio arruinada. La lluvia arreció en ese momento; los truenos se es-

cucharon mas fuertes y cereanos, y uno que otro pálido relámpago alumbraba rápidamente estas escenas verdaderamente terribles. Margarita, presa de un vértigo infernal, se retorcia, se desesperaba, clamaba á Dios, maldecia al maestro de música, y en medio de estas angustias, de estos tormentos, se encontraba aislada, y entregada al poder de un hombre malvado é inmoral.

Al cabo de media hora se escuchó la detonacion de unas armas de fuego, que hizo estremecer á los que estaban amarrados dentro del coche; pero pronto apareció, para tranquilizarlos, el maestro de música, diciendo: nos hemos salvado; los ladrones han huido, y Margarita y Elena están seguras. Desató inmediatamente á las personas que estaban dentro del coche, quienes poco faltó para que se hincaran á darle las gracias.

—Mis hijas! mis hijas! fué la primera palabra que pronunció la madre.

—Voy en su busca, dijo el maestro: cuidé de esconderlas dentro de los magueyes, y se han libertado: el que se atrevió á tocar á Elena, ha sido castigado por mi propia mano, y creo que va muy mal herido.

El maestro, agitado, fué por las muchachas, y volvió acompañado de ellas, diciendo que nada les habia sucedido, fuera del susto que era consiguiente. Ya todos dentro del coche, y mirándose sanos y salvos, comenzaron á dar gracias á Dios de que nada les habia sucedido, y á registrar las bolsas, para ver si algo les faltaba; pero con asombro miraron que sus relojes y

dinero, así como los pendientes y gargantillas de las muchachas, estaban completos. El maestro contó entonces una historia, en que se hacian notables su valor y generosidad, como la de los caballeros antiguos; y Margarita tuvo que decir que todo era la verdad.

En México se comentó de diferentes maneras la ocurrencia de los ladrones; pero el público, aunque malicioso y mordaz, jamas la interpretó desfavorablemente á las muchachas. Margarita amaneció al dia siguiente con una fuerte calentura; y el maestro anunció tambien á la madre, que atacado, á consecuencia del pesar y de la fuerte impresion que recibió, por una enfermedad nerviosa, iba á tomar unos baños minerales, y suspendia las lecciones. A Elena, pálida y enfermiza despues de este suceso, cada momento se le venian las lágrimas á los ojos.

XXV

Concluye la historia de Elena y Margarita.

—Ya supongo, mi querido Arturo, que pensareis que el maestro, atormentado de remordimientos, se fué á echar á los piés de un confesor, ó á encerrarse nueve dias en la casa de Ejercicios de la Profesa: pues nada de eso hizo. Como carecia de buenos sentimientos, sin pesarle, sino muy levemente, el horrendo crimen que habia cometido con dos inocentes criaturas, y abusando de la confianza de una madre anciana, lo único en que pensó, fué en seguir adelante con la aventura hasta llegar á casarse con Margarita, y apoderarse de una buena hacienda que poseian en el Estado de Puebla; pero reflexionando en la severidad de la madre, y en que si su delito se descubria, podria caer en manos de los jueces, resolvió ausentarse de la capital. Al efecto, repartió en casa de sus discípulos y

discípulas una tarjeta en que pedia órdenes para Milán; y en vez de marcharse en la Diligencia de Veracruz se colocó en la del Interior, y quince dias despues de lá aventura que acabo de referir, se hallaba ya en la ciudad de San Luis Potosí, bajo el nombre de Mr. de Sant-Etienne, primer director de la orquesta del teatro Real de Paris: compró unos anteojos, se dejó crecer el bigote y el pelo, y con estas ligeras reformas y venir de Paris, muy pronto tuvo abiertas las puertas de las primeras casas de la poblacion. En cuanto á la casa de la señora Doña Beatriz de Olivares, que así era el nombre de la madre de Elena y Margarita, cambió de aspecto enteramente: las muchachas, que aunque obligadas por la madre al rezo y á la devocion, tenian antes la frescura y la alegría que da la inocencia; despues del dia de campo, muy poco hablaban; frecuentemente les venian las lágrimas á los ojos, y sus sueños eran turbados á veces por siniestras visiones, que las hacian despertar sobresaltadas. La madre, alarmada con estos fatales síntomas, sin saber por qué participaba igualmente de la mortal tristeza de sus hijas, y como si el instinto maternal le revelase que alguna cosa terrible habia pasado en su familia, apenas de vez en cuando se atrevia á preguntarles qué tenian. —*Nada*, era la única respuesta que recibia; y volvian á trascurrir los dias lúgubres, amargos para esa familia, como si estuviesen en el duelo de alguna persona querida.

La madre, pensando quizá que tanto rezo y tanta devocion podrian haber fastidiado á sus hijas, les pro-

curaba todo género de distracciones, á que ellas se rehusaban; y ya entonces se avanzó hasta permitir la entrada á la casa de dos ó tres jóvenes, quienes lograron variar algun tanto el humor de las muchachas; pero la reputacion de virtud que estas tenian, y el carácter duro de Doña Beatriz, hicieron que ni aun se aventurasen á enamorarlas. Entre dos ó tres personas que las visitaban, habian un jóven de veinte años, de pelo blanco, de grandes ojos garzos, de cutis como el de una doncella, que tenia aún su alma cándida y abierta á las tiernas impresiones, y un padre rico, que deseaba que su hijo se estableciera; es decir, que se casara con una muchacha virtuosa, modesta, y que hiciera su felicidad. Este jóven no tenia un nombre romántico, pues se llamaba simplemente Joaquin: era tímido hasta el extremo, y nada sabia hasta entonces de aventuras escandalosas, ni de anécdotas depravadas de amor. Este jóven pasaba las noches en un éxtasis celestial; hablaba poco, y toda su alma y toda su existencia, la reconcentraba en contemplar á Elena, la que por su parte, despues de algunos dias, notó este amor profundo en los ojos de Joaquin, y sintió que su alma estaba rodeada de esa atmósfera mística que se mezcla y confunde entre dos seres cuando se aman con un amor desinteresado y puro. Pintaros, mi querido Arturo, las emociones de Joaquin, los sordos y desconocidos dolores que causaban en el alma de Elena las miradas del jóven, sería cosa imposible: ellos se entendian, ellos sabian cuando estaban alegres, cuando sentian la tristeza y la incertidumbre de su amor;

ellos no cambiaban jamas palabras de amor; y sin embargo, sabian perfectamente que se amaban, y tenian la mejor armonía é inteligencia.

—Oh! si eso es cierto! dijo Arturo; yo creo que, sin decir una palabra, puedo con mis ojos manifestarle á una mujer que la adoro.

—La desgracia, Arturo, es, que hasta ahora solo Teresa os ha podido comprender.

Arturo suspiró profundamente, y Rugiero prosiguió.

Habian pasado ya cuatro meses despues de la aventura del dia de campo, y Elena amaba apasionadamente á Joaquin: Elena, despues de enamorada, conoció lo horrible de su posicion, y consideró que debia hacer un heróico esfuerzo para desprenderse de este cariño, que dia por dia iba aumentando, y que dia por dia aumentaba su desgracia. En cuanto á Margarita, era tambien un ángel caido, á quien el amor que tenia Joaquin á su hermana, desgarraba el alma; y como no tenia esperanza ninguna de felicidad, estaba devorada de envidia, sintiendo, lo mismo que Elena, todo el peso de su infortunio; pero la desgracia de Margarita era mayor, porque era madre, y antes que reportar la vergüenza y la cólera de Doña Beatriz, estaba resuelta á suicidarse. Entretanto, la pobre criatura ceñia cilicios, maceraba sus carnes, y largas horas permanecia derramando ante el altar amargas lágrimas. Pero acabaremos primero con la historia de Elena, la cual, formada su resolucion, fingió enfermedad, y en ocho noches no salió á la sala á ver á Joaquin, quien loco per-

dido, pasaba las noches entregado á la desesperacion, y animado solo por la esperanza de que al dia siguiente apareceria en la sala la estrella de su vida, la linda Elena: su esperanza era vana, y su desesperacion aumentaba, pues pasaban los dias y Elena no volvia á salir. Resuelto á aclarar este punto, le dijo á su padre que estaba decidido á casarse; y este, complaciente y bueno, se encaminó un dia á la casa de Doña Beatriz, y pidió para su hijo la mano de Elena. La madre llamó á Elena, le manifestó las buenas cualidades de Joaquin, la animó á que se resolviera, y con una ternura que hasta entonces no habia conocido, le pintó la situacion feliz que Dios preparaba á una muchacha que se casaba con un hombre amante y honrado. Elena, pálida, temblando, y con la voz cortada, respondió: «Es imposible, yo no puedo ser feliz;» y se retiró á llorar á su recámara, dejando á la madre y al novio presa de las mas crueles dudas, pues no sabian á qué atribuir semejante conducta. Se convino por los padres en que se dejaria pasar algun tiempo, y en que se permitiera á Joaquin el frecuente trato de la muchacha, pensando que nadie mejor que el amante mismo conoce el medio de ganar el corazon de una mujer. Joaquin, en sus conversaciones con Elena, lleno de fuego y de amor, le instaba á que le dijera el verdadero motivo de su negativa; pero no obtenia mas respuesta que las lágrimas. Elena, por fin, un dia que el jóven arrodillado le suplicaba que le revelara su secreto, haciendo un esfuerzo sobrenatural, le contó el acontecimiento horrible del dia de campo. — Ahora, le dijo, ya sabes mi

secreto, Joaquin; es imposible que yo pueda ser tu esposa, y que me ames como antes.

Joaquin salió de la casa loco, como si todas las furias del infierno se hubiesen metido dentro de su corazon: era su primer amor, fogoso, profundo, indeleble, como lo son todas las primeras impresiones que se graban en un corazon virgen; se habia figurado á Elena como un ángel de pureza y de candor, y esta confesion rompió el prisma de sus ilusiones, desvaneciendo todas sus esperanzas, y convirtiendo en horrible realidad todos sus ensueños de felicidad.

A los tres dias fué á ver á Elena, y le dijo: — En efecto, Elena, despues de algun tiempo de casado, yo podria aborrecerte: no podemos ser felices; es menester separarnos, y vivir muy lejos el uno del otro. Yo parto para Milán; allí encontraré acaso al maestro de música, y despues de la venganza, puede volver el amor.

— Oh! dijo Elena sollozando; te vas, te vas, Joaquin... muy bien hecho; pero los hombres no tienen piedad ninguna de las mujeres. Si yo hubiera sido una mujer falsa é hipócrita, me habrias amado; pero fui sincera, y este es mi principal delito. Yo te aborrezco porque no has sido generoso ni noble; te aborrezco, y ni por todo el oro del mundo me casaria contigo.

El corazon humano es incomprendible: en el mismo momento en que Joaquin vió que se le cerraba completamente la puerta á la esperanza, se consideró el hombre mas desgraciado, y echándose á los piés de Elena, con los ojos bañados en llanto, le dijo:

—He sido injusto y bárbaro contigo, Elena: tienes razon; pero te pido perdon: olvida lo que te he dicho, como yo te juro olvidar tu desgracia y tus sufrimientos, y seamos felices, viviendo el uno para el otro y echando un velo sobre lo pasado. Decídete, Elena: aquí me tienes á tus piés, bañado en lágrimas, pidiéndote la dicha, el consuelo, la vida.

—Despues de algun tiempo de casados, le contestó Elena con una sonrisa sardónica, podrás aborrecerme.... No, no tiene remedio, Joaquin; dejemos esta posicion ridícula, y busca otra mujer que sea mas digna que yo de tu mano.

Acabando de decir estas palabras, se levantó del rico divan en que estaba sentada, y lentamente se retiró á su cuarto, cerrando tras sí la puerta, y dejando al amante postrado en tierra. Joaquin, inmóvil, la vió alejarse, sin poder ni aun detenerla; y cuando la puerta se cerró, y la estancia, aunque sola, quedó impregnada con el aliento, con los perfumes de Elena, se levantó, tomó su sombrero y salió tambien lentamente de la casa.—Soy muy desgraciado! Elena jamas podrá ser mia.

A los tres dias tomó la Diligencia para Veracruz, y allí se embarcó para Inglaterra.

Volvamos á Margarita: he dicho que sus tormentos eran crueles, y que sus sufrimientos interiores, de los que no podia hacer participantes ni á su madre ni á su hermana, la habian conducido á pensar en el suicidio. Terrible era la idea de arrancarse la vida en medio de la juventud y de la riqueza; pero el pensa-

miento de la deshonra y de la vergüenza, la hacia las mas veces preferir la muerte. Ni las penitencias, ni los ayunos, ni los cilicios, bastaron para apartar de su cabeza este pensamiento infernal; y decidida á ejecutarlo, extrajo del botiquin de su madre un pomo de láudano; y uno de esos dias tristes en que sopla un norte helado, y en que los nubarrones se apiñan casi sobre los techos de las casas, dias fatales para los desgraciados, Margarita tomó el pomo y bebió la mitad de su contenido. Llamó despues á Elena, con quien pocas palabras habia atravesado despues de la aventura del dia de campo.

—Elena, hermana mia; le dijo: mucho te he ofendido; pero debes ser generosa ahora, y perdonarme.

—No me has ofendido en nada, le dijo Elena con sequedad; así, no tengo de qué perdonarte.

—Oye, Elena, le dijo Margarita, tomándole dulcemente de la mano; te he aborrecido, desde que observé que Migueletti te amaba; pero de esto me arrepiento, te lo digo con todo mi corazon, y ahora te amo ya con la misma ternura que antes.

—Migueletti no me amaba nunca, y tú bien lo sabes, le replicó Elena con ironía. En cuanto á tu amor, me es indiferente.

—Elena, Elena, no seas cruel con tu hermana: es muy desgraciada, mucho, mucho mas que tú. ¿Será posible que ni tú tengas piedad de mí?

Elena, algo conmovida con la voz ténue y dulce de Margarita, se acercó y le tomó una mano.

—Oh! dijo Margarita, llevando á sus labios la ma-

no de su hermana; esta caricia tuya me llena de consuelo. También tú eres muy desgraciada; ¿no es verdad?

—Mucho, hermana, mucho.

—Ya no te casarás con Joaquín?

—Jamás, dijo Elena, con la voz casi ahogada.

—Y amabas á Migueletti?

—No, no lo amaba.

—Bendito sea el Señor! Era un malvado, sí, un malvado, Elena, que nos ha engañado.

—Cómo! dijo Elena alarmada, también á tí?

—Sí, dijo Elena soltando el llanto.

—Mira, hermana, le dijo Elena acariciándola, todo tiene remedio: no llores, no te aflijas así, consuélate.

—No, Elena, no; la muerte, la muerte es el único remedio para evitar la vergüenza y la infamia; y muy pronto, muy pronto, no volverás á oír mi voz, ni mi madre podrá decirme una sola palabra.

—Qué tienes, qué tienes, Margarita, que estás tan pálida, y que una sombra morada cubre tus párpados?

—Oye, hermana, lo que tengo es que he tomado láudano, que estoy sintiendo ya sus efectos mortales; que tengo muy pocos momentos de vida, y que te ruego por lo que más amas, por lo que padeció la Virgen Santa, que corras, y que me mandes llamar un confesor. He cometido falta tras de falta, y crimen tras de crimen; y perderé mi alma, Elena, me condenaré sin remedio, y seré desgraciada eternamente, después de haber sido tan infeliz en este mundo. Oh! corre, corre, Elena, no abandones á tu pobre hermana.

—Elena salió de la estancia, gritando: mi hermana se muere! un médico! un confesor! Madre, madre, que vayan todos á buscar médicos!

Al momento unos criados salieron en busca de facultativos, y otros del confesor.

La madre, con ese amor sublime de las mujeres, saltó del lecho, donde hacia algunos días la tenía postrada una dolorosa enfermedad de cabeza, y corrió al cuarto de Margarita, á la que encontró ya sin sentido. Daba lástima ver cómo aquella mujer tan severa, tan estricta, y que rarisimas veces hacia una caricia á sus hijas, quería infundirle con su aliento la vida; besaba su boca y su frente, acariciaba sus mejillas, y luego, echándose de rodillas, retorcia sus manos, y pedía al cielo con lágrimas que le enviara un rayo, antes que matar á su querida Margarita. Elena, entretanto, corría á la cocina, y disponía sinapismos y otras medicinas caseras. Cuatro ó cinco médicos vinieron y se encargaron de la enferma: Elena tuvo cuidado de instruirles de qué provenía su mal, y al cabo de una hora concibieron esperanzas, y por fin volvieron á la vida á ella y á la madre, que también se moría de pesar. Ocho días después del funesto acontecimiento que acabo de referir, un coche de camino estaba listo en la puerta de la casa; y la familia, acomodando en él las cosas más necesarias para el viaje, se dirigió á la hacienda que, como he dicho, tenían en el Estado de Puebla, y de donde no volvieron hasta pasado un año.

Recordareis, Arturo, que uno de los concurrentes al día de campo, fué un curial pobre, hermano de un

clérigo, y el cual no habia dejado de hacer sus visitas á Doña Beatriz, cuando permanecian en México, ni de escribirle cuando se fueron á la hacienda. Pues bien; tan luego como volvió la familia, volvió tambien el curial á visitar la casa, y entonces manifestó francamente que su intento era casarse con Margarita. La madre se sorprendió con semejante peticion; pero como en el fondo de su corazon conocia que era lo único que convenia á Margarita, prometió pensar en ello, y resolverle. Un domingo se resolvió, por fin, que el curial se casaria con Margarita, la cual llevaria en dote 60,000 pesos, comprometiéndose á hacer además Doña Beatriz, en su testamento, una donacion de 30,000 pesos para las ánimas del Purgatorio.

—Y Margarita, qué hizo? preguntó Arturo.

Margarita habia perdido completamente el amor, la sensibilidad, la voluntad propia, por decirlo así, y accedió sin dificultad; tanto mas, cuanto que Doña Beatriz exigió de ella este sacrificio, como una expiacion, y como condicion precisa para darle á la hora de su muerte su bendicion y su herencia materna.

—Y el curial sabia lo acaecido en la aventura del dia de campo?

—Perfectamente, contestó Rugiero.

—Y así consintió en casarse?

—Por supuesto, porque habia de por medio un dote de 60,000 pesos.

—Y estaba enamorado acaso de Margarita?

—No por cierto: tambien estaba enamorado solo del dinero, como el marido de Florinda.... Además,

el influjo de las ánimas del Purgatorio allanó todas las dificultades. La historia ha concluido por ahora, Arturo, y siendo ya de dia, bueno será que durmamos un poco. Ya veis: esta historia, en el fondo no deja de tener su moral; las niñas deben ser mas cautas, ¿no es verdad? y las madres menos confiadas en la honradez de hombres desconocidos y aventureros.

Arturo se despidió de Rugiero, y se retiró á su casa cavilando en la suprema infelicidad de esas muchachas, que en el baile le habian parecido tan dichosas, tan llenas de vida, de goces y de placeres. Al llegar á su casa, pidió una taza de té, cerró las puertas y se metió en el lecho.